

Instantáneas

BORDANDO LA BANDERA



Cuadro de D. Eugenio Oliva

Núm. 76.—Sábado 17 de Marzo de 1900.—15 céntimos núm.



EL PINTOR OLIVA Y RODRIGO EN SU ESTUDIO.

El cuadro que reproducimos en esta página es una preciosa instantánea tomada en el estudio del eminente pintor D. Eugenio Oliva, cuando este laureado artista estaba terminando uno de sus numerosos cuadros de *caballete*, especialidad que con tanto acierto ha cultivado el distinguido artista.

En las obras de Oliva se ve siempre una composición admirable, una irreprochable factura, y sobre todo una hermosura de tono poco común. Corrobora esta afirmación el magnífico lienzo que decora uno de los muros de San Francisco el Grande, y que dió á su autor fama de pintor y colorista eminente.

Oliva, que ha obtenido numerosas recompensas en diferentes concursos de España y del extranjero, pinta también excelentes marinas que han sido muy elogiadas entre las personas que se ocupan de las cosas de arte.

En otro lugar de este número reproducimos una de sus mejores marinas y el notable cuadro *Bordando la bandera*, que es una de las obras que más fama han dado á este notable artista.

MISTERIOS...

La mujer lloraba,
y una hermosa niña
la dijo impaciente:
«¿Qué tienes, mamita?...

No sé qué te ocurre,
que hace muchos días
ni comes, ni duermes,
ni admites visitas;
con papá no hablas,
á veces te grita,
y os miráis con una
cara que horripila.
¡No quiero que llores!
¿Qué tienes, mamita?»

En aquella casa,
que causaba envidia,
pues fué en otro tiempo
plantel de la dicha,
se desarrollaban
cosas de la vida,
miserias del mundo,
dramas de familia.

Cuando la desgracia,
mil veces maldita,
contra los hogares
sus rayos fulmina,
tenaz é implacable
su sombra fatídica
esparce amarguras,
lamentos y ruinas,
como si gozara,
conquistando víctimas.

Esa mujer bella
que cual flor marchita,
vióse despreciada
mas no envilecida,
se murió escuchando
de labios de su hija:
«¡No quiero que llores!
¿Qué tienes, mamita?»

FRANCISCO QUINTILLA.

Instantáneas.

Director: M. SALVI

+ Oficinas: Clavel, 1, Madrid.



Pepita, la modelo.

El día de San José

LAS PEPAS, por Atiza.

Son innumerables, como los diputados cuneros, los Pépes y Pepas, Pepitas y Pepitos, que se disponen á celebrar aparatosamente el día del casto y popular Patriarca, y en algunas casas se están haciendo más preparativos que en el Campo de Marte, para habilitar una habitación amplia «al par que» elegante, donde puedan pasar una horas alegres los invitados á la *cuchipanda onomástica*.

Pero donde promete ser ruidosa la velada de San José, á juzgar por los preliminares, es en el cuarto segundo izquiera de mi casa.

Vive en dicho cuarto D. Juan Lucas y Manso, víctima inocente de las últimas economías de Villaverde y de los nervios y las uñas de su esposa D.^a Pepa, el animal con faldas que más se parece á una ballena y que está decidida á echar la casa por la ventana el día del Santo Patrón de los carpinteros.

Como es natural, este matrimonio tiene una hija legítima llamada Pepita, joven elegante «de suyo» y de mirada penetrante como los rayos X, según su mamá; aunque eso de la X, lo debe decir D.^a Josefa, porque la niña es bizca y mira en forma de aspa.

Desde ayer tarde mi vecino parece un mozo de Federico Delrieu: no hace más que llevar muebles de un lado á otro del cuarto. La mujer-ballena dirige la operación, mientras Pepita, pegada á los visillos de la ventana, se chupa el pulgar derecho y lee el 5.^o tomo de *La felicidad del matrimonio ó la plibeya encumbrada y los corazones sensibiles*, novela por entregas que ha hecho estragos entre los zapateros de portal y chalequeras románticas.

— Mira, Juan— dice D.^a Josefa á su esposo:— ahora quita esas telas de araña que hay en aquél rincón y después lleva la cómoda á la cocina, para que quede más espaciosa la sala.

— ¡Pero mujer! ¿Aún más cambios?

— ¡Qué tanto te pones! Eso y cuanto sea necesario hasta que esté todo bien. Los padres que tenemos hijas en estado de merecer, nos debemos solamente á ellas.

— Eso vienes diciendo hace diez años, desde que la niña es casadera; y todo, ¿para qué? Para que vengan las amiguitas de la niña y siete ú ocho estudiantes de Veterinaria, que se comen una espuerta de bollos, se beben tres litros de aguardiente, y luego te ensucian las ropas de la colada y las sábanas de la cama.

— Eso son exageraciones tuyas.

— No me negarás que el año 97 encontramos á Serfín, aquel joven chato y herpético, patiestevado y tuerto del izquierdo, metido en la carbonera, envuelto en un peñador de la niña, dando vivas á la República y al amor libre.

Porque el muchacho tomó unas copitas de más, y luego, por equivocación, se bebió la bencina que

PEPITA



PEPETA



PEPICA



Doña JOSEFA



que había para quitarte los manchas de la cazadora.

—Eso es lo único que hemos sacado de las reuniones.

—No disparates, papá. Ya sabes que el año pasado saqué un novio guapo y de un porvenir brillante.

—Lo de guapo, pase; pero su porvenir no lo veo venir por ninguna parte.

—Porque tú eres ciego—exclama D.^a Pepa.—Ya sabes que el chico ha escrito un drama en siete actos y veinte cuadros, que es mejor que los de Echegaray, porque lo ha dicho persona perita, un tío suyo que tuvo puesto de periódicos en Candelario y que ahora vende argumentos en la puerta de la Zarzuela.

—¡Si tendrá mérito el drama cuando lo va á estrenar «Bato» en Colón!

—Bien, todo lo que queráis; pero no estamos para gastar en reuniones.

—Los papás no deben reparar en sacrificarse por sus hijas. Bueno serías tú para hacer como el padre de la protagonista de esta novela: que estando en Castro Urdiales esperando al novio de su hija, zozobró á la entrada del puerto la embarcación que lo traía, y el padre se arrojó al mar, para salvar al hombre que iba á hacer feliz á su hija, y... una maleta llena de billetes de banco, que había logrado ahorrar vendiendo altramuces y mojama en la guerra del Transvaal.

—¡Qué conmovedor es eso! —exclama doña Pepa.—¿Y lo salvó?

—Salvó el tesoro; pero el novio feneció, porque el padre de Edelmira le dió un golpe en la cabeza con la misma maleta de los caudales. Entonces, Edelmira, al ver que su novio se hundía en las profundidades del mar, echó mano á una botella de vino de Madrid y se la bebió precipitadamente, falleciendo pocos momentos después, ebria de amor .. y de morapio.

Eso haré yo; envenenarme si no me dejan realizar mis sueños de amor.

—¿Oyes, Juan? No hay más remedio que dar gusto á Pepita. A la cocina con la cómoda; carga con ella ó cargo yo sobre tí.

Entre la madre y la hija colocan la cómoda sobre las espaldas de D. Juan, pero éste pierde el equilibrio y cae de bruces con el mueble encima, semejando un galápago que lleva por concha la cómoda, por cuyos extremos se ven la cabeza y las extremidades del padre mártir.

Doña Jcsefa y Pepita ayudan á levantar á don Juan que se ha dejado tres dientes pegados á una baldosa y que lleva las narices como una oblea.

—¡Anda á la cocina ¡torpe! y lávate con agua y vinagre; ya arreglaremos lo que falta entre la niña y yo! ¡Jesús que hombres tan inútiles! ¡Todo se lo ha de hacer una!



Instantáneas.

Esta mañana me he encontrado á mis vecinas en la escalera.

—¿Pasará usted, vecinito, el día de San José? Es nuestro santo y lo queremos celebrar. Vendrán las amigas de Pepita y unos chicos muy decentes; estaremos como en familia. Esta cantará la *Música prohibida*, acompañada al acordeón por Casiano, el mancebo de la botica de la esquina; su novio, leerá tres veces el drama que ha escrito; Mercedes, la del tercero centro, bailará las sevillanas del Reverte, que tocará en la bandurria Eriberto, el dependiente de la tienda de ultramarinos, y unos chicos estudiantales de Veterinaria que tocan con mucho sentimiento la ocarina y el contrabajo, ejecutarán el vals de las Ocas y la jota de los Cabezudos.

—Y su esposo, ¿qué hará?

—Mi esposo se ha empeñado en irse aquel día á Castro Urdiales.

—(A tirarse al mar en busca de una muerte cierta ó de otro maletín con caudales. Hace bien)—dije para mí.

—Y usted, vecino, ¿entrará á vernos ese día?

—Yo iré á ver á ustedes el día del juicio oral.

A. MELANTUCHE

JUANA HENRIOT

La adorable niña, asfixiada en su camarín del Teatro Francés, ha muerto de una manera envidiable.

Esperad, ya sé lo que vais á decirme: ¡*Romanticismo!* Yo creo que no; pero si lo fuera, ¿qué Romanticismo es el alma del Arte; es tan alma del Arte, que es el Arte mismo.

Es el alma de Ofelia, el alma que lloró tanto, que no cantó ni coronó de lirios sus sienes pálidas hasta que no fué á desposarse con el Misterio trágico; ¡dichosas las almas que salen de este mundo en esa hora tierna en que aún hay en el corazón ecos y arrullos de la cuna, en que nacen en la frente las flores de la ilusión inmarchita y del sueño sin abrojos!

Sí; Juana Henriot es la dichosa mártir; la escogió la suerte para que fuera la más feliz del dolor humano... Ha subido al cielo en que sueñan las almas torturadas y ha subido con su traje blanco, con su traje de novia de la vida.

Su existencia breve, de violeta, de dolora, será inolvidable ya; sobre su tumba no se marchitarán las pasionarias del recuerdo; su historia es el idilio de la tragedia; como los primeros nardos primaverales, ha muerto en un turbión de ilusiones azules, ¡dichosa!, en plena florescencia del alma, en el umbral de oro de la esperanza, de la creencia...

Era artista, era un porvenir...

Pero hablemos con la razón, con la razón amarga que nada perdona: —¿Recordáis un artículo de Mirbeau? *El cómico*, lo más sangriento, lo más fieramente rudo que se ha escrito de la vida artística entre bastidores; en la densa penumbra del teatro á media luz, en esa atmósfera densa que mata, que envenena.

El cómico y la cómica tienen el fin terrible que Mirbeau señala con su pluma de bronce; figuras de un momento, glorias fugaces, las más ruidosas y por eso las más breves y tristes en su ocaso.

¡El cómico viejo!, ¡la gloria muerta!, ¡el aplauso ganado por la juventud vigorosa que llega! Nada tan terrible, tan triste.

Y es ley de vida, tremenda ley del arte, eternamente joven, vestido eternamente con las galas triunfadoras de las risas nacientes...

Tal era, al ocurrir el trágico suceso, la risa de Juana Henriot.

Y con esa sonrisa de victoria ha muerto.

Mi afirmación os parecerá horrible, romántica; ¿quién lo duda? Toda afirmación asusta á los mortales; por eso la muerte, que es la afirmación suprema, es el supremo espanto.

Mas ¿por qué no he de decirlo? ¡Feliz mil veces esa niña adorable en cuya pupila no brilló nunca el reflejo hiriente de las amargas; no lleva en su alma la honda huela del tormento, ni en su pecho fermentaron los odios negros de la derrota...

Mariposa blanca que vivió poco, un instante; pero un instante de sol, de flores nuevas, de plena luz; que murió bruscamente, sin apurar el cáliz; aun vírgenes para ella la ilusión, el sueño, el triunfo, la gloria...

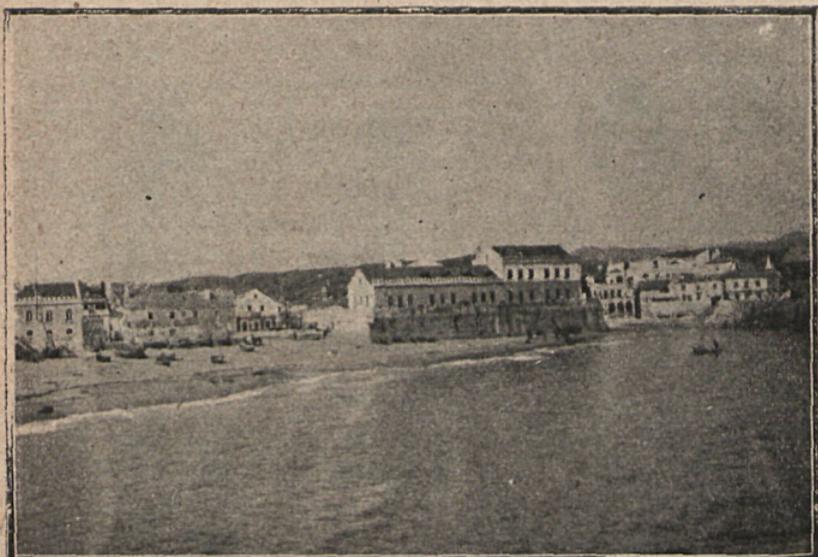
Esas deidades, soberanas para todo corazón de artista, como lo era el suyo. vivirán eternamente vírgenes en torno de su huesa, sobre la cual no se marchitarán nunca las pasionarias del recuerdo; sobre la cual el ángel blanco de las almas buenas, de las almas sin odio, velará siempre con las alas abiertas y contará á las rosas y á las golondrinas del cementerio la vida idílica y breve de la niña, la historia de una violeta, de una dolora...

ADOLFO LUNA

LOS PEPES, por Tovar.



LISBOA



Playa de baños.

Inst. de S. Miramón.

CHARITO

Agitábanse las campanillas, que en frescas y entrelazadas guirnaldas adornaban la reja, por el misterioso y poético soplo de la noche; mecíanse las clavellinas en los eriguídos tallos que sujetaban las amarillas cañas, y Charito de un lado, y Blas de otro, mecíanse también, abandonándose dulcemente á la apasionada ilusión de su primer amor.

Nada turbaba la tranquila paz de aquella hermosa noche, ni nadie tampoco osaba interrumpir á aquellos dos amantes, hasta los que sólo llegaban los también apasionados murmullos del Guadalquivir, que les arrullaba.

De pronto, desde abajo, desde la obscura orilla, dejóse oír una voz que gritaba: «¡Blas! ¡Blas!»

Charito tembló al reconocer la voz de Matahambre, del galán desdeñado, y una mortal angustia y un pavor oculto la sobrecogió; tenía asido, y al reconocer Blas también aquella voz maldita, exclamó:

—Deja mujé...

—No vayas, no vayas.

—Déjame niña, que ya tú ves que er mozo no s'arriesga,—y desasiéndose de ella quiso correr hacia donde la voz sonaba; pero un foganazo y una detonación después helaron á Charito, que habiendo cedido á los impulsos de su vehemente corazón, desatracó la puerta y salió tras él, tal vez pensando encontrarle muerto, ó cuando menos... gravemente herido.

—Niño mío, ¿qué? ¿te ha herido ese cobarde?...—y presa de angustia le sostenía en sus brazos; y él, ante aquella imagen querida, se olvidó de todo, y ya iba á estrecharla, cuando un rayo de luna iluminó de nuevo el amoroso grupo; y Charito pudo ver, en extremo asustada, un hilito de sangre que del labio superior se deslizaba...; pero se alarmó en vano; aquello no era nada, absolutamente nada, una ligerísima y leve rozadura, insignificante por fortuna... y al convencerse Charito le estrechó anhelante

y... restañó la herida con un ardiente y apasionado beso, y todo esto en el crítico momento en que la luna, tras una obscura nubecilla, se ocultaba discretamente...

Bias se quedó anonadado; sintióse abrazar, y cuan lo quiso caer también con apasionado abrazo aquella criatura escultural, estrechó el vacío y sólo oyó la estridente y candorosa carcajada de su niña, que tan á tiempo supo ocultarse, y la murmuradora corriente del Guadalquivir que les acechaba.

La luna volvió á lucir, y él vió iluminada y más hermosa que nunca á su Charito, que entre las clavellinas y campanillas de su reja le contemplaba; sintió en sus labios la necesidad de repetir la cosa tan soñada, y... á no haberle detenido ella con su amorosa y dulce palabra, hubiérase dirigido volando hacia la obscura orilla, no en busca del cobarde, que seguramente habría desaparecido, sino, quién sabe si en demanda de una nueva herida...

JOSÉ GONZÁLEZ MATA LLANA

MODA Y ARTE y *La Vraie Mode*, Revista en francés y en español. Se publica los días 5 y 25 de cada mes con modas adelantadas sesenta días á las de todas las revistas españolas.

La mejor para señoras, modistas y bordadoras. Veinte páginas de modas y labores en negro y colores, con un magnífico patrón cortado.

No se venden números sueltos. Sólo se admiten suscripciones. España, tres meses, 5 pesetas; seis meses, 10 pesetas; año, 20 pesetas. Oficinas, Clavel, 1, Madrid

Se remite número de muestra abonando una peseta en sellos.

HUESCA



Iglesia de Santo Domingo.

Inst. de J. S. Barrio.

LA GUERRA ANGLO-BOER



General French



General Gatacre



General Methuen



Joubert, General en jefe boer



Roberts, General en jefe inglés



Doctor Layds
Representante del Transvaal en Europa



General White
Defensor de Ladysmith



Kitchener, Jefe de Estado Mayor del ejército inglés



General Sir Redvers Buller



General Cronje
prisionero de los ingleses



El Patriarca bendito.

Llegué al café, poco menos que desesperado.

—Pero ¡hombre de Dios! ¿Qué es lo que le pasa á usted, que trae esa cara de batarero?

—Amigo D. Sebastián, usted me dispense, pero estoy preocupadísimo... disgustado... tengo un malestar, una cosa...

—Ya sé lo que es. Que ha leído usted la sesión del Congreso. ¿No? Pues entonces que ha comprado una caja de cerillas y ha visto que no tenía más que treinta... ¿Cómo que no? Usted ha comprado una caja de cerillas; apuesto cinco duros.

—Nada, D. Sebastián. No puede usted dar con lo que tengo. Como que si se lo digo, se va usted á reir. Es que... pasado mañana es el día de San José.

—¡Andaa! Pues... á quién se lo dice... Va usted á hablarme de San José, á mí. A mí, que ni veo otra cosa, ni sé otra cosa, ni oigo otra cosa más que San José á todas las horas del día. ¡Digo, San José! Pues si sé yo de eso más que el obispo... Pues si tengo una cuñada...

—¡A ver, á ver! Diga usted, hombre.

—¡Ah! ¿Pero se le va á quitar á usted ese mal humor? Corriente. Pues nada, una cuñadita que es de oro. Nos levantamos mi mujer y yo; pues en seguida viene mi cuñada. Teófila: ¿vamos á ver? ¿se ha rezado la oración?

—Sí, mujer, sí. Hemos rezado.

—Pero ¿entera, entera?

—Hasta «¡Oh glorioso San José, esposo de María. !»

—Bueno. Pues ahora vamos á leer el ejemplo de hoy. Y nos agarra á mi mujer y á mí, nos lleva al gabinete, coge el libro y se pone á leer: «En la ciudad de Liorna, del reino de Italia, había un caballero muy dado al indiferentismo religioso.»

—Oye, Teófila; que son las diez; que tengo que ir al Ayuntamiento. Ya sabes que el conde de Vilches me ha tomado entre ojos...

—¿Al Ayuntamiento? ¿Y sin haber acabado el ejemplo del día? Vaya, vaya, tú estás loco.

—Pero mujer. . ¡Que me van á dejar cesante! Primero es la obligación que la devoción. Ya oiste al Padre Mateo, el otro día en las Calatravas.

—Bueno, vete... Pero cuando salgas, me das palabra de que has de ir á San Ginés, á la novena.

—Pues claro...

—¡Ah, oye, antes de que te vayas! Que tienes que comprarme el devocionario del Santo Patriarca. . Que si no me lo trées...

—Descuida, que te lo compraré... Vaya, adiós.

—Y otra cosa. Cuando entres en San Ginés, que eches en el petitorio estos dos reales... ¡No vayas á gastártelos en cerveza, Sebastián... Sebastián...!

—Que no los gasto, hija.

—A ver, desabróchate el chaleco. ¿Llevas la medalla del santo bendito? Así, así me gusta. Ahora, anda con Dios...»

—Usted, amigo mío—prosiguió diciéndome D. Sebastián,—no sabe lo que es tener una cuñada devota de San José.

CONCURSO DE CARROZAS



Primer premio.—Carroza del Sr. Porrúa.

Inst. de J. Bueno.

—¿Y por qué le aguanta usted esas majaderías?

—Toma, toma... Porque gracias á ella estoy empleado. Y en cuanto le levante la voz a estoy fresco. Así es que usted, figúrese. ¡La saliva que tengo tragada! En cuanto llega el día de San José, me echo á temblar. No tiene usted idea de las cosas que tenemos que hacer mi mujer y yo. Nos manda arrodillarnos delante de un cuadro de San José y allí estamos, reza que reza, desde las ocho de la mañana hasta las doce, en que tomamos chocolate bebido, porque aquél día ayuna al fí hasta el gato. Y en cuanto nos bebemos el chocolate, al gabinete otra vez y otra vez de rodillas... Ya ve usted, si estaré yo mal en la oficina; pues el día de San José la echo de menos... palabra... Por

CARROZA ANUNCIADORA



Anuario de Bailly-Bailliere.

Instantáneas.

eso le he dicho que á quién venía usted con apuros; porque pasado mañana es San José bendito. Yo, Dios me perdone, pero mejor quisiera que fuera el día de San Estanislao ó de otro santo así...

—Pues yo, la verdad. Le he dicho á usted eso del mal humor porque tenía compromiso de hacer un artículo.

—¿Y no le serían á usted lo mismo unos versos?

—Según; si se refieren á San José.

—Pues mire usted. Yo le voy á sacar del apuro. Ayer, sin que me viera el conde de Vilches— que ya le he dicho que me ha tomado entre ojos, —me entretuve en la oficina un rato. Y ahí tiene usted. Yo pensaba haberlos enviado á INSTANTÁNEAS, con el seudónimo de *El que no puede ver á su cuñada*; pero si usted los pone allí, mejor.

Y, gracias á D. Sebastián—Dios se lo pague,—cumpló mi compromiso. Pues ya no me falta más que copiar los versos, que dicen así:

MILAGROS DE SAN JOSÉ

Conozco yo á una señora
—doña Julia Peñalver,—
que es de San José bendito
una devota *enragé*.
¿Que se pone su hijo malo
y cura, al cabo de un mes?
pues, ya se sabe: el doctor
nada tuvo allí que ver,
pues quien curó á su chiquillo
San José bendito fué.
¿Que hay buen año de cosecha?
San José al canto, otra vez.
¿Que le cae la lotería?
¡Milagro de San José!
Sólo una vez salió *grilla*,
porque sucedió esa vez
que tuvo un parto difícil
su vecina doña Inés,
y ella, la buena señora,
viendo el gran apuro aquel,

que la vecina acababa
sin poderla socorrer,
entró á un gabinete obscuro,
donde estaba San José,
cogió el cuadro á la carrera,
llegó junto á doña Inés,
le puso el cuadro en la cama
y empezó á decir: amén;
y rezó la letanía
y nueve credos ó diez.
Salió del trance difícil
la vecina, por su bien,
y aquello fué ya el delirio,
aquello el *distoque* fué...
¡Milagro!—¡camaba Julia.—
¡Una novena he de hacer!
... Y al levantar de la cama
el cuadro, puesto al revés,
¡se encontraron con el *Guerra*
en lugar de San José!

EL BACHILLER CANTA-CLARO

EL SUEÑO DEL NAUFRAGO

Pasó del huracán la saña fiera;
ya revueltos los mares no se agitan,
y medrosas las aguas depositan
al naufrago infeliz en la ribera.
Imitando congoja plañidera,
las olas por llegar se precipitan,
y besando las playas que limitan
cubren el cuerpo que en el mar se hundiera.
Y por fingir que ajeno á los pesares
se durmió de la playa entre las brumas
aquel ser, extrañado de sus lares,
dánle en su lecho de mentidas plumas,
la sábana celeste de los mares
con encajes de nítidas espumas.

RAMON A. URBANO

CANARIAS.—SANTA DE LA PALMA



Una calle en día de fiesta.

Inst. de J. M. Rodríguez.

¡VENGANZA!...

Cuando yo más amante te creía,
 conmigo indiferente te mostraste,
 y en un solo momento te olvidaste
 de aquel sincero amor que en ti ponía.

Amaneció nevando al otro día,
 y al recordar, infiel, que me engañaste
 cuando eterno cariño me juraste,
 tu nombre puse escrito en nieve fría.

Saba, pues, que me encuentro satisfecho,
 que vivo muy feliz, y aunque te asombre,
 la dulce calma recobró mi pecho;
 pues si me has despreciado por otro hombre,
 para vengar la ofensa que me has hecho
 todo Madrid pisoteó tu nombre.

DEUSDEDIT CRIADO

UNO DE TANTOS

(INSTANTÁNEA)

En una casa de lujoso aspecto, reclinado muellemente en su butaca, se encuentra un caballero de venerable presencia, cuya fisonomía es muy parecida á la de cualquiera de esos ilustres *Pepes* que hoy abundan.

Nuestro personaje contempla las caprichosas figuras que en el espacio forma el humo de su cigarro, y piensa con dolor que no está muy lejano el día en que no fume más «brevas nacionales», y abrumado por negros presentimientos, queda aletargado en su butaca.

Y entonces desfilan por su mente, cual si fueran vistas de un cinematógrafo, las principales fases de su vida.

Pepucho le llamaban en su pueblo; desde joven hizo la política del cacique de la provincia y así asaltó la alcaldía, desde donde hizo mangas y capirotos, imponiendo barbaramente su autoridad. Más tarde se envaneció oyéndose llamar el *Sr. José*: le habían hecho diputado provincial por sus buenas disposiciones para los chanchullos electorales...; después, y gracias á sus reconocidos méritos é influencia personal, se vió elevado á la categoría de diputado á Cortes, formando parte del redil ministerial, y entonces le llamaron su *excelencia D. José*.

*
**

Hoy, por misterios políticos «que nunca la ciencia explica», es ministro, y piensa celebrar su *santo* el día de San José con el boato que exige su elevada posición oficial.

Y seguramente recibirá numerosas felicitaciones de *admiradores* y *deudos*, entre los que seguramente habrá más de cuatro que dudarán, al escribir el sobre, si deben poner: «Para D. Pepe», ó «Para D. «Pepino».

MIGUEL DE ZÁRRAGA

(De colaboración espontánea.)

NO HAY SEXO DÉBIL

Sostiene todo el mundo,
¡no sé si con franqueza!
que la mujer es débil,
que es delicada y tierna,
que todos la subyugan
y ella obedece ciega;
que está como una esclava
sujeta á la cadena,
que trabaja y padece
lo mismo que una negra...
y otra porción de cosas
á cual más estupendas.
Pues todos los que afirman
bobadas como éstas,
sin duda es que no saben
que hay muchas que hasta pegan,
¡y no lo hacen con mimo,
que lo hacen muy de veras!
Hay otras que en su casa
disponen y gobiernan,
y allí el *pater familias*
es niño de la escuela,
pues nadie le hace caso,

ni nadie le respeta.
Y en fin, por inocentes
que las mujeres sean,
aplican con tal maña
los mimos y las quejas,
que el hombre, por muy fuerte
y enérgico que sea,
saldrá siempre vencido,
quíralo ó no lo quiera:

.....
—Con todos estos hechos
bien claro se demuestra,
que no hay tal sexo débil,
que la mujer no es *negra*,
ni está como una esclava
sujeta á la cadena;
pues puede hacer, si quiere,
que el sexo de la fuerza
se incline ante sus plantas
llamándola «su reina».

JESUS LUENGO Y CONDE